

Solamente por un lado se suscitaban dificultades á Bernardo y se intentaba privarle de los frutos de sus victorias, y era precisamente por aquella potencia al servicio y á sueldo de la cual las había alcanzado, por Francia. En el tratado de octubre de 1635 se había obligado Richelieu á cederle la Alsacia y el prebostazgo de Hanau con todos los derechos que la casa de Austria había poseído en estos territorios; pero ahora y bajo los mas fútiles pretextos oponía siempre nuevas dificultades al cumplimiento de lo ofrecido y sobre todo á la cesion de la plaza de Brisac que á costa de tantos esfuerzos había conquistado. Despues de haber desistido por absurdo y contrario á los hechos el subterfugio de que Brisac no formaba parte de Lorena, sostuvo Richelieu que un poder tan insignificante como el que tendría Bernardo en calidad de landgrave de Alsacia no podría conservar aquella importante plaza fuerte. Decía además que, si Bernardo había mandado las tropas que estaban al servicio del rey de Francia y si este las había pagado, natural era que participara de los frutos de la guerra. Bernardo, que se había consagrado desde luego á establecer en el conquistado territorio alsaciano un gobierno bien organizado, intentó por medio de varias embajadas conseguir de los franceses que cumplieran el tratado de 1635; pero sus tentativas fueron inútiles y aun hubo de desistir, por consejo de los amigos que en Paris tenía, de su propósito de ir en persona á la capital de Francia. Cuando Guebriant, por encargo de Richelieu, le dió á comprender que debía conservar la Alsacia «bajo la soberanía del monarca francés,» lo cual valía tanto como declararse vasallo de este, Bernardo dió rienda suelta á su cólera y declaró que no quería ser el primero en fraccionar su patria. Las relaciones entre el duque de Weimar y Francia se hicieron de día en día mas tirantes, patentizándose entonces lo artificiales que eran. Aquel príncipe dotado de tan relevantes dotes militares y de sentimientos tan poderosamente alemanes, ¿qué no hubiera podido conseguir si hubiese alcanzado sus victorias, no merced á los subsidios de Francia, sino por la ayuda de sus correligionarios y compatriotas! En este caso hubiera sido para el pueblo alemán lo mismo que habría podido ser Wallenstein á no haber sido general del emperador.

Los imperiales no dejaron de hacer los mas brillantes ofrecimientos á Bernardo para que se pasara á sus filas y aceptara la paz de Praga; pero el duque de Weimar, á pesar de la triste experiencia que tenía de los franceses, rechazó indignado todos estos halagos que le habrían puesto en contradicción con su pasado. Entonces, lo mismo que antes, consideraba que la mision principal de su vida consistía en lograr que el emperador admitiera una paz verdaderamente duradera y basada en sanos fundamentos, que satisficiera las justas exigencias de sus correligionarios, y con todo el optimismo que le caracterizaba aferrábase á la esperanza de que entonces, despues de haber alcanzado tan grandes victorias, lograría también la adhesión y el apoyo de sus correligionarios, los protestantes alemanes. Ya había entablado relaciones con la magnánima landgravesa de Hesse, Amalia Isabel, é intentado inclinarla á reanudar la guerra que, como tutora de su hijo Guillermo II y á instancias de sus Estados, había abandonado por virtud del convenio de Maguncia de agosto de 1638; ya estaba haciendo preparativos para llevar nuevamente la guerra á la orilla derecha del Rhin y unirse con Baner á fin de operar juntos, y ya sus tropas habían pasado aquel río por Neuenburg, cuando el valeroso duque falleció precisamente en esa ciudad en 18 de julio de 1639, víctima de la peste. Su muerte convenía de tal suerte á los franceses, celosos hacia tiempo de su independencia, que pudo propalarse el rumor, completamente infundado, de que había sido envenenado por instigación de Francia.

QUINTO PERIODO

TERMINACION DE LA GUERRA Y COMIENZO DE LAS NEGOCIACIONES PARA LA PAZ (1640-1648)

CAMBIOS OCURRIDOS EN LA SITUACION DE EUROPA. DIETA DE RATISBONA DE 1640

La muerte de Bernardo de Weimar en el momento en que llegaba á la cumbre de su gloria guerrera había salvado nuevamente al emperador de una situación por todo extremo aflictiva: fué para él uno de esos inesperados accidentes afortunados que con tanta frecuencia vemos reproducirse en aquella infausta lucha. En efecto, pudo entonces parecer que Fernando III conseguiría lo que en vano había pretendido alcanzar su padre con la paz de Praga, á saber, la sumision completa de los protestantes á su autoridad soberana y la renuncia por parte de ellos á toda igualdad de derechos. La paz de Praga había creado, en sustitucion del derecho imperial por la tradicion consagrado, una simple relacion jurídica nacida de un convenio entre el emperador y los príncipes que á aquella se adhirieron. Estos últimos eran los únicos que constituían la Alemania oficial; los que se habían mantenido fieles á los suecos, especialmente los coligados de Heilbronn, estaban expresamente excluidos de la amnistía otorgada. Del mismo modo, los *beneficios* de aquella paz solo se hacían extensivos á los partidarios de la confesion de Augsburgo, no pudiendo disfrutar de ellos los príncipes reformados. Y aun aquellos con quienes se había firmado la paz no lograron que se revocara, sino que simplemente se suspendiera el edicto de restitucion, es decir, no consiguieron mas que el reconocimiento temporal de su posesion de los bienes eclesiásticos. En la paz de Praga, nada se decía de la restitucion del Palatinado que la liga de Heilbronn había entretanto decidido. En otros términos, el protestantismo en su conjunto no había obtenido derecho alguno, y si solamente una limitada tolerancia los príncipes protestantes que á ella se sometieron. Esto era precisamente lo que había empujado á la mas extremada resistencia al héroe duque de Weimar, en quien revivían toda la fe entusiasta, toda la lealtad de convicciones de sus antepasados ernestinos; esto era lo que le había inducido á ponerse en cierto modo á sueldo de Francia para evitar que el protestantismo sucumbiera á la suerte que le estaba reservada el día en que por todos fuese admitida la paz de Praga. Como anteriormente Wallenstein, aunque partiendo de puntos de vista distintos, estaba firmemente convencido de que una paz duradera y el desenvolvimiento próspero de su patria solo podían obtenerse rompiendo en absoluto con el principio que informaba la paz de Praga, es decir, consiguiendo ver plenamente reconocido el principio de igualdad para ambas religiones y expresado en una amnistía general y sin restricciones. En este sentido, á pesar de haber estado á sueldo del extranjero, fué un héroe nacional en quien toda la Alemania protestante vió al hombre que quería libertarla de su situación intolérable.

¿Qué había de suceder muriendo aquel caudillo en la flor de su vida? Bernardo de Weimar había sido el único príncipe protestante alemán que había seguido luchando con el emperador al lado de las potencias extranjeras, pues el que con él había perseverado mas tiempo en la lucha, el landgrave Guillermo V de Hesse, había muerto dos años antes que él, y su heroica esposa, Amalia Isabel, que se había hecho cargo del gobierno en nombre de su hijo menor de edad,

habíase encontrado desde que comenzó á gobernar en una situación tan crítica que de buen ó mal grado había tenido que llegar á una inteligencia con el emperador. A pesar de esto, no se había podido conseguir de ella que aceptara buenamente y sin limitacion alguna la paz de Praga, sino que había impuesto la condicion de que esta y las concesiones en la misma hechas á los protestantes se hicieran extensivas á los reformados, á lo cual no quería asentir el emperador, quien por tal razon negóse á aprobar el convenio que sus comisarios habían firmado en Maguncia con la landgravesa de Hesse. En el momento en que por virtud de esa negativa

recobraba su libertad de accion se le presentó Wicquefort, embajador del duque Bernardo, aconsejándole que se uniera nuevamente á él y respectivamente á Suecia; pero Amalia Isabel no se atrevió á dar este paso decisivo, con tanta menos razon cuanto que su consejero militar, el general Melander, le proponía emprender una nueva senda política que esperaba poder hacer seguir también al duque de Weimar.

Melander se había acogido á aquella antigua idea favorita de Arnim, que algun tiempo también hizo suya el elector de Sajonia; la idea de formar como término medio entre el emperador y las potencias extranjeras un «tercer partido» de



Buques de guerra holandeses. De un grabado, 1647, de Wenceslao Hollar (1607-1677)

príncipes alemanes, independiente, pensamiento que parecía encontrar eco en el duque Jorge de Brunswick-Luneburgo y en todo el círculo de la Baja Sajonia. Al duque Bernardo de Weimar le reservaba Melander el papel de jefe supremo de esa liga de paz; pero aquel había rechazado tal proyecto porque solo veía la salvacion en una paz universal arrancada al emperador por la fuerza de las armas.

Todo esto había sucedido poco antes de la muerte de Bernardo, de modo que la landgravesa de Hesse no se había decidido á tomar una resolucion tan enérgica como la de reanudar las hostilidades contra el emperador, como el duque de Weimar deseaba. Muerto este, ningun príncipe alemán estaba en armas contra Fernando, el cual parecía próximo al logro de sus aspiraciones, pues todo hacia creer que el protestantismo alemán se hallaba imposibilitado de continuar la resistencia.

Así las cosas, compréndese cuán importante había de ser la cuestion de saber qué sería de la herencia de Bernardo, de sus conquistas y sobre todo de su ejército. El duque mismo había manifestado en su testamento el vehemente deseo de que unas y otro fueran conservados para su patria alemana, y dispuesto que sus posesiones de Alsacia fuesen

ofrecidas á uno de sus hermanos, principalmente al duque Augusto. Unicamente para el caso de que este no las aceptara, reconocía á Francia el mejor derecho de ocuparlas.

Las potencias beligerantes no hicieron naturalmente caso alguno de aquel testamento. Suecia, que continuaba considerando al duque Bernardo como el general de la liga de Heilbronn, y Francia, que le había auxiliado, formularon cada una de por sí pretensiones sobre su herencia y trataron de quedarse con su ejército. Lo mismo deseaba el emperador, el cual creía que llegando á ser dueño de aquel ejército invicto lograría dominar por completo toda ulterior resistencia. Pero aquel ejército había estado á sueldo de Francia y tenía aun que saldar cuentas importantes con esta nacion, circunstancia que supo explotar hábilmente el emisario de Richelieu, d'Oissonville, que ya en 28 de julio de 1639 se presentó en el campamento llevando consigo los fondos necesarios y que entabló con éxito activas negociaciones con los oficiales y con los soldados, firmándose en octubre un tratado por el que el ejército, que continuó siendo un todo homogéneo, pasaba al servicio de Francia. Hecho esto, Richelieu se apoderó sin contemplacion alguna de las plazas conquistadas.

Por efecto de esto la supremacía de Francia en la guerra general fué mucho mayor de lo que hasta entonces había sido. Sus propios ejércitos no se habían distinguido mucho á pesar de servir en ellos los que despues fueron generales famosos, los Turena, los Guiche, los Guebriant, que en aquella lucha hicieron su educacion militar. Entonces, por vez primera, pudo disponer Richelieu de un ejército bien organizado en cuyas sienes acababa de ceñir la victoria gloriosos laureles, y aquel ejército no vacilaba en dirigirse hácia la Alemania central, impulsando de esta suerte á unirse á Francia á los indecisos príncipes de aquellos territorios que proyectaban la formacion de un tercer partido. La landgravesa de Hesse y el duque de Brunswick-Luneburgo, que antes se habían unido á Suecia, se unieron entonces á Francia en una alianza cuya base eran los subsidios que habia de pagar esta potencia, con lo cual quedó asegurada la continuacion de la guerra y la participacion en la misma de los príncipes alemanes, y quedó asegurada también la influencia decisiva de la nacion francesa en aquella lucha, influencia que amenazaba eclipsar por completo la de Suecia, tanto mas cuanto que, aun fuera de Alemania, el poderío de Francia tomaba inmenso vuelo y visiblemente se hallaba en vias de sobrepujar al de su antigua rival, España.

Para lograr esto, Richelieu, aparte de sus trabajos en la guerra alemana, se habia esforzado con celo infatigable por realzar la marina francesa á fin de poder luchar también en este terreno con los españoles. En efecto, sus buques de guerra se hacian respetar en el Mediterráneo y tomaban una parte importante en las luchas que Francia sostenia contra España en Italia. A fin de contrarrestar ese rápido desarrollo de la marina francesa, España, echando mano de todos sus recursos, habia armado en la Coruña una poderosa escuadra que, apoyada y fomentada por Carlos I de Inglaterra en no muy buenas relaciones á la sazón con Francia, debia hacer rumbo hácia Flandes y Holanda y restablecer allí la supremacía española. Pero aquella formidable escuadra fué atacada y casi completamente destruida en aguas inglesas por el héroe marino holandés Tromp, siendo ese el golpe mas rudo que recibió España y con ella el emperador que tan íntimamente unido estaba con esa potencia. Aquella derrota de los españoles aumentó considerablemente la preponderancia francesa en la guerra de Alemania.

Pero Richelieu no se daba aun por satisfecho, pues queria quebrantar el poderío español en su mas sólido fundamento. Así fué que, despues de haber atraído por completo al lado de Francia á la corte de Turin, intentó destruir la soberanía de España en la misma península pirenaica, explotando para ello hábilmente las tendencias autonómicas provinciales. En Cataluña y en Portugal produjéronse movimientos en extremo peligrosos que acabaron por convertirse en verdaderas insurrecciones, y despues de haberse separado Cataluña de la monarquía española y unido estrechamente á Francia, hizo lo propio Portugal, donde en medio de tantos disturbios se entronizó la dinastía de los Braganza (1640).

Todos estos acontecimientos y todas estas pérdidas debilitaron por completo la energía de España en Holanda y en Alemania, y en cambio pusieron á Francia en condiciones de presentarse con dobles fuerzas en el Rin. El emperador, que á la muerte de Bernardo habia acariciado las mas atrevidas esperanzas, se vió entonces expuesto á ser cogido y aplastado entre Francia y Suecia. En vano intentó durante el verano de 1639 librarse cuando menos de una de esas dos potencias, ordenando al coronel Booth que con algunos miles de hombres reclutados en Prusia invadiera Livonia á fin de obligar á los suecos á retirarse de Bohemia. Esa tentativa, en la que se hallaba muy comprometido el elector de Bran-

deburgo, en cuyo territorio se habían reclutado aquellas tropas, fracasó por completo. Entonces Fernando quiso, por conducto del conde Kurz, de Hamburgo, entablar otra vez negociaciones separadas con Suecia, á la cual llegó á ofrecer, sin tener en cuenta su alianza con Brandeburgo, la cesion de Stralsund y de Rugen. Sobre esta base parecia fácil llegar á un arreglo, mas el conde Kurz fué bastante cándido para preguntar al elector Jorge Guillermo, á quien visitó en Koenigsberg, si consentiria en la cesion de aquellos importantes territorios pertenecientes á Pommerania, á lo cual contestó aquel muy oportunamente que, de haber querido ceder Stralsund y Rugen, tiempo haria que habria firmado la paz con Suecia. Tampoco el Consejo del reino sueco se mostró satisfecho con los ofrecimientos del emperador, y por consiguiente rompiéronse las negociaciones, perseverando Suecia en su alianza con Francia. Y como, segun hemos dicho, á esta última se habían unido varios príncipes alemanes, era evidente que la política de la paz de Praga habia en definitiva fracasado y que de un momento á otro se reanudara la guerra en grande escala. Era aquella la vez primera que los ejércitos de Francia y Suecia se encontraban reunidos para una accion comun: Baner, que no podia permanecer durante el invierno en Bohemia, se habia retirado á Turingia por la cordillera de Erzgebirge (Montes Metálicos) y se habia unido en abril de 1640, en Saalfeld, al ejército que antes fué de Bernardo y que entonces estaba á las órdenes de Guebriant, habiéndoseles unido también las tropas de Hesse y de Luneburgo. El desacuerdo que reinaba entre los jefes fué causa de que no se acometieran operaciones militares decisivas y de que nuevamente se separaran aquellas fuerzas. La imposibilidad de hallar víveres en aquellos esquilados territorios de la Alemania central obligó á Baner á retirarse durante el otoño á Luneburgo, donde estableció sus cuarteles de invierno. El y los franceses únicamente marchaban de acuerdo en la brutal falta de consideracion con que esquilaban y saqueaban las infelices comarcas por donde pasaban en su continuo ir de un lado para otro.

Los príncipes del Imperio, cuyos territorios veíanse al borde de la ruina con esas interminables correrías, comenzaron á pedir cada vez mas resueltamente la paz, costara lo que costase; pero ¿cómo podian ver realizado este deseo cuando precisamente entonces los Estados extranjeros tomaban en la guerra una parte mas activa que nunca? Con todas esas luchas, que sus miembros sostenian entre sí desde hacia mas de veinte años, el Imperio no era ya sino una sombra de Estado y solo hubiera podido defenderse contra los enemigos extranjeros si el emperador se hubiese al fin resuelto á separar sus intereses de los de España y á seguir una política verdaderamente nacional, procurando que bajo su jefatura se unieran los Estados alemanes y emprendiendo luego la lucha contra las potencias extranjeras. Para llegar á este fin estaban dispuestos los mismos Estados católicos á conceder una amnistía general; pero para lograr, por lo menos en el interior del Imperio, la union que no se habia podido conseguir ni se conseguiria con la paz de Praga, no habia mas que un camino, convocar una dieta del Imperio, y esto fué lo que exigieron del emperador los príncipes alemanes reunidos en la dieta colegial de Nuremberga de febrero de 1640. Fernando, bajo la impresion de los nuevos triunfos que la política francesa conseguia en Alemania y en la guerra con España, se decidió á acceder á tal demanda; pero el hecho de no haber invitado á ella sino á los príncipes que habían aceptado la paz de Praga y entre los cuales, por consiguiente, era innecesaria toda otra negociacion de paz, demostró palpablemente cuán poco dispuesto estaba á separarse de la política que el tratado de Praga significaba y á

reconocer la única base posible para llegar á un convenio, cual era la igualdad de derechos para todos los Estados alemanes. Ni Brunswick-Luneburgo ni Hesse fueron invitados, á pesar de lo cual enviaron sus embajadores á la dieta y el emperador no tuvo mas remedio que admitirlos en ella. Fuera del emperador, ningun Estado del Imperio concurrió per-

sonalmente: todos se hicieron representar por medio de embajadores.

Desde un principio se manifestaron las grandes dificultades que la negociacion entrañaba en una simple cuestion de fórmula, pero que afectaba al fondo del asunto. La proposicion consultaba al Consejo de los Estados acerca de cómo



Linnardo Torstensoff

Facsimile reducido del grabado (1649) de Jeremías Falck (1619-1663 aproximadamente)
Cuadro original de David Beck (1621-1656)

debía hacerse la paz con las potencias extranjeras y de cómo, hasta que esto se consiguiera, se podría continuar la guerra con perfecta unidad, inquebrantable cohesion y buen orden, es decir, que se partía de la ficcion de que todos los Estados alemanes estaban dispuestos á unirse al emperador en contra de aquellas potencias, cuando precisamente una parte de ellos estaban aliados con las mismas. De conformidad con este punto de partida pedía el emperador anticipadamente ser él solo quien en nombre del Imperio y de los Estados siguiera las negociaciones con tales potencias extranjeras. A ello se opusieron, sin embargo, no solo los Estados alemanes aliados con Francia y con Suecia, sino estos Estados mismos que naturalmente querian que en el próximo

congreso de la paz tuvieran plena libertad de accion sus aliados. El embajador de Suecia, Adler Salvius, motivó esta pretension con la siguiente frase: «El equilibrio de Europa es imposible mientras no se restablezca el equilibrio en Alemania.» El restablecimiento del equilibrio en Alemania debía ser, pues, la primera tarea á que se consagrara la dieta alemana. ¿A cuál mejor podía consagrarse? ¿Por qué otro camino podian resolver esa cuestion si no era otorgando una amnistía general y volviendo las cosas en Alemania al ser y estado que tenían antes de que estallara la guerra? Esa exigencia de una amnistía general fué, en efecto, la primera que surgió en los debates, y de los príncipes protestantes defendieronla en un principio los de Brunswick y

Hesse, que eran aquellos á quienes esa cuestion mas interesaba, al paso que Sajonia, que ya habia obtenido para sí la amnistía en la paz de Praga, observaba su antigua actitud pasiva. En cambio, algunos príncipes católicos recomendaban la amnistía general porque comprendian que solo de esta suerte podria llegarse á la paz general tan deseada. De modo que en la dieta habia un partido de la paz, mezcla de católicos y protestantes, que á principios de 1641 recibió un importantísimo refuerzo con la adhesion del jóven elector Federico Guillermo de Brandeburgo, que en diciembre del año 1640 habia sucedido á su padre Jorge Guillermo. Muy pronto hubo de ver el emperador que reinaban entonces en Berlin unas corrientes muy distintas y muchísimo mas enérgicas que en tiempo del débil elector Jorge Guillermo, que se dejaba dirigir en absoluto por Schwarzenberg, aquel ministro omnipotente á quien la muerte, que le sorprendió á poco de empuñar las riendas del gobierno Federico Guillermo, le evitó el caer en completa desgracia, si bien antes de morir ya hubo de sentir los primeros síntomas de ella. El jóven elector, que inmediatamente escogió una vigorosa neutralidad armada en vez de seguir apoyando al emperador, y que negoció desde luego con Suecia un armisticio, envió tambien sus embajadores á la dieta encargándoles que apoyaran enérgicamente á Hesse y á Brunswick en sus esfuerzos por conseguir una amnistía general y el restablecimiento del estado de cosas anterior á 1618. Mas como esa amnistía habria significado el levantamiento del destierro de los electores del Palatinado y de Tréveris y del duque de Wurtemberg, el emperador se oponia á ella resueltamente y su ministro Trautmannsdorff declaraba que antes que concederla aconsejaria á Fernando que huyera á Madrid como expatriado. Sajonia, que en un principio reconoció las funestas consecuencias de la paz de Praga, acabó por separarse nuevamente de sus correligionarios y con Colonia y Baviera púsose al lado del emperador, con lo cual resultó por el pronto infructuosa la actitud enérgica de Brandeburgo. Sin embargo de esto, su conducta no dejó de influir en la marcha de las negociaciones, tanto mas cuanto que las opiniones por Brandeburgo sustentadas se vieron poderosamente apoyadas, durante la dieta, por la aparicion de una obra literaria que produjo gran sensacion en el mundo político. En efecto, con el seudónimo de Hipólito á Lápede, el diplomático é historiador sueco Chemnitz publicó en 1640 un libro titulado *Dissertatio de ratione status in imperio nostro Romano-Germánico*, en el cual dirigia al emperador cargos tan duros como justos por toda la política que hasta entonces habia seguido y formulaba una série de proposiciones para la reorganizacion de la constitucion del Imperio que dejaban muy atrás á las pretensiones planteadas por Brandeburgo, Hesse y Luneburgo, y que señalaban como único medio de salvar al decadente Imperio germánico la expulsion del mismo de la casa de Austria. Por vez primera y por análogo motivo que el que veinticinco años despues impulsó á Samuel Pufendorf á combatir en su libro, aunque no con tan sólidas razones, la monstruosidad de la constitucion imperial, se expresaba entonces públicamente la opinion de que el Imperio, como tal, habia cesado y debía cesar de ser un Estado y de que en su lugar debía aparecer una confederacion germánica sobre la cual pretendia Chemnitz que Suecia y Francia habian de ejercer un protectorado permanente.

No habia por entonces peligro alguno inmediato de que tales teorías se convirtieran en realidad práctica, pero el libro indicaba claramente qué cosas consideraban posibles los enemigos radicales del Imperio de los Habsburgos y á cuales peligros se exponia el emperador si dejaba que las cosas se extremaran. Y precisamente entonces el emperador y los

Estados pudieron, en Ratisbona reunidos, ver un ejemplo patente de las alternativas á que está sujeta la suerte de la guerra, pues durante las lentas discusiones de la dieta se presentó repentina é inesperadamente delante de aquella ciudad el ejército franco-sueco unido en actitud de poner término impensado á los debates.

En efecto, Baner habia resuelto acometer la audaz tentativa de abandonar de repente sus cuarteles de invierno de Luneburgo y avanzar sobre Ratisbona para acabar con la dieta y con el emperador, y en pleno diciembre púsose en marcha, uniéndose con Guebriant y atravesando Baviera llegó hasta Regenstang, que está junto á aquella ciudad, y disparó desde allí algunos cañonazos sobre ella (26 enero 1641). Pero, habiéndose presentado de pronto el deshielo, hízose imposible el paso del Danubio y el golpe de mano intentado fracasó, viéndose Baner y Guebriant perseguidos por los imperiales y teniendo que huir hasta el Norte de Alemania.

De todas maneras la aparicion del ejército franco-sueco habia producido indecible pánico en Ratisbona. Muchos representantes de los Estados habian querido abandonar la ciudad y únicamente el emperador habia conservado su valor y su serenidad tranquilizando con su actitud á los demás. Aquel terror no influyó inmediatamente en los debates. El emperador, á pesar de la oposicion que entonces le hicieron los mismos príncipes católicos, incluso su mas leal aliado Maximiliano de Baviera, siguió resistiéndose tenazmente á otorgar la amnistía general y solo concedió al fin una amnistía limitada que le dejaba en completa libertad de accion, «hasta tanto que se realizara la union real de todos los Estados bajo la supremacia del jefe del Imperio,» para proceder contra todos aquellos que no se sometieran.

La idea de una pacificacion general se habia expresado por vez primera en Ratisbona de una manera tan insistente que era imposible desentenderse por completo de ella; al propio tiempo se habia demostrado claramente que el emperador era quien en primer término dificultaba y aun imposibilitaba la paz con su actitud obstinada; y sobre todo se habia puesto de manifiesto la oposicion enérgica que hasta los católicos habian hecho á la política imperial, oposicion que se habia dirigido especialmente contra la fusion de los intereses de España con los del Imperio. El emperador no podia ni queria romper aquella comunidad de intereses con la nacion española, y por esto exigia entre otras cosas para firmar la paz general que cesara la guerra hispano-francesa, que en aquel entonces tan mal cariz presentaba para España; pero contra este criterio de Fernando, que amenazaba eternizar la guerra en el Imperio, habíase al fin levantado resueltamente Maximiliano de Baviera, no pudiendo desde aquel momento el emperador negarse á entablar negociaciones de paz que dieron por resultado el acuerdo de celebrar inmediatamente en Munster y en Osnabruck un congreso al propio tiempo que se reunia una asamblea de diputaciones en Francfort del Mein.

De antemano se comprendia que el éxito de las negociaciones de ese congreso habia de depender de la marcha de los acontecimientos de la guerra, debiendo advertir que esta, lejos de interrumpirse, continuó y aun influyó incesantemente en uno ú otro sentido en aquellos trabajos que para el logro de la paz se llevaban á cabo.

MUERTE DE BANER Y VICTORIAS DE TORSTENSON
GUERRA ENTRE DINAMARCA Y SUECIA

Despues del fracaso de la empresa intentada contra Ratisbona, Baner y Guebriant, ante la superioridad de fuerzas de los imperiales y de los bávaros, habian tenido que reti-

rarse al Norte. Allí se separaron de nuevo los dos ejércitos, dirigiéndose los franceses hácia el Rin y penetrando otra vez Baner en Bohemia, de donde hubo de retirarse muy pronto refugiándose en Sajonia. A fines de marzo ocupaba Swickau y sus alrededores cuando la presencia de un ejército imperial muy superior al suyo y mandado por Piccolomini le puso en gravísimo aprieto. Pidió entonces con urgencia auxilio á Guebriant, el cual acudió en efecto en su ayuda, y unidos los dos ejércitos sostuvieron con Piccolomini una lucha formal y sangrienta, pero no decisiva. Poco tiempo despues, en 21 de mayo de 1641, murió Baner á consecuencia de una vida de disipacion y desorden.

Esta muerte colocó al ejército sueco en una situacion en extremo peligrosa, parecida á la en que habia quedado el de Weimar despues del fallecimiento de Bernardo. Los coroneles alemanes y sus subordinados, que hacia largo tiempo

constituían la mayoría del ejército sueco, sentian vivos deseos de irse cada cual por su lado, y aun en las mismas tropas genuinamente suecas habia desaparecido aquel espíritu rígido de disciplina y de orden, así como aquel entusiasmo por una gran causa nacional y religiosa, que habian hecho invencible al ejército de Suecia en los dias de Gustavo Adolfo. Baner habia sido un excelente caudillo, dotado de grandes cualidades militares; pero lo mismo en sus vicios que en sus virtudes fué el verdadero tipo del guerrero de aquellos años últimos, los mas brutales de tan desastrosa lucha. Apto para soportar toda suerte de privaciones, desenfrenado, disoluto, incapaz de toda idea que supusiera un ideal elevado, no habia visto en la guerra sino un negocio, una ocasion para llevar una existencia licenciosa. Como era el jefe, así eran las tropas que á sus órdenes estaban, con la única diferencia de que en estas los efectos de una guerra,



Vista de Estokolmo. Facsímile de un grabado inserto en la obra de J. L. Gottfried, *Inventarium Sueciae* (1632)

que en el fondo no era sino una expedicion de rapiña organizada, manifestábanse de una manera mas brutal y repugnante. Con sus depredaciones del peor género, con sus saqueos que devastaban las comarcas alemanas del modo mas horrible, aquellos suecos en nada desmerecian de cualquier otra soldadesca, y sus crueldades y su salvajismo, como la famosa «borrachera sueca,» alcanzaron triste celebridad aun en aquellos tiempos tan acostumbrados á espectáculos horribos. Todos los nobles sentimientos de patria, religion, derecho y moralidad que animaron un dia al ejército sueco de Gustavo Adolfo parecian haber muerto sin dejar rastro de sí en aquella soldadesca, hablando de la cual hubo de decir en cierta ocasion el mismo Baner que nada tendria de extraño que la tierra se abriera y por justo decreto del destino se tragara á todos aquellos infames criminales.

¿Qué habia de ser de aquellas tropas hasta tal punto relajadas una vez muerto el general que con su capacidad guerrera habia sabido cuando menos mantenerlas con cierta disciplina militar? Llegado este momento, parecian destinadas á disolverse ó á transformarse en cuadrillas de salteadores, cuando en noviembre de 1641 se presentó al ejército Linardo Torstenson, el último general educado en la escuela de Gustavo Adolfo y como estratégico y organizador el mas ilustre de los generales suecos de los años posteriores. El fué el primero, despues de la muerte del rey, que comprendió que el objetivo y la mision de un general consistian en lograr uno tras otro y muy rápidamente algunos triunfos tácticos y no en conquistar tal ó cual plaza fuerte y conservar «puntos estratégicos.» Además estaba dotado de suficiente energía organizadora para restablecer el orden y la disciplina aun en un ejército tan relajado como el de Baner, y para realizar con él hazañas que por la increíble rapidez de los

movimientos asombraron al mundo entero. Torstenson, á pesar de la gota y otras dolencias que le obligaban á hacerse llevar constantemente en una litera, era un verdadero general dotado de tanta prudencia como energía, y en tres meses que consagró al reposo y al restablecimiento del orden hizo de la soldadesca de Baner un ejército aguerrido y dispuesto á hacer los mayores esfuerzos. Conseguido esto, avanzó hasta el Bajo Elba penetrando en la Antigua Marca, y en pocos, pero duros combates restableció la supremacia de las armas suecas. En abril de 1642 pasó el Elba por Werben y atravesando el Brandeburgo entró en los territorios hereditarios imperiales de Silesia, tomó por asalto Glogau en 4 de mayo, derrotó por completo al duque Francisco Alberto de Lautenburgo y llegó hasta Moravia. Mientras en el Este amenazaba á los territorios patrimoniales de la monarquía austriaca aquel peligro inmediato, en el Oeste conseguian tambien las armas francesas una victoria decisiva sobre los imperiales. En efecto, el dia 2 de enero Guebriant ganaba una sangrienta batalla en el Bajo Rin, en Kempen, no lejos de Krefeld. Torstenson, despues de haber llevado el espanto hasta el corazón de los territorios hereditarios imperiales, se dirigió de nuevo repentina y rápidamente hácia el Norte, se unió con el cuerpo de ejército sueco que mandaban Konigsmark y Wrangel y se presentó en 30 de octubre de 1642 á las puertas de Leipzig. Los imperiales que á las órdenes de Piccolomini acudieron en auxilio de la ciudad fueron completamente derrotados con grandes pérdidas el dia 2 de noviembre de 1642 en aquellos campos que tantos combates habian presenciado y en los cuales once años antes habia alcanzado Gustavo Adolfo su primera victoria decisiva. Inmediatamente despues Torstenson invadió nuevamente Bohemia, Silesia y Moravia.